

## 4. ENTRE EL MIEDO Y LA REALIZACIÓN



## EL SALVADOR

Mi nombre es Julio. Soy un hombre bisexual y tengo 52 años de edad. ¡Gracias a Dios he tenido una vida muy linda, con muchas oportunidades! Nací en El Salvador, en la zona de Mejicanos que forma parte del área metropolitana. Tuve una niñez muy buena, no me faltó nada. Recuerdo mi infancia con muchas piñatas, con muchas fiestas al lado de mis primos que quiero mucho y que están en Estados Unidos porque emigraron en la década de los ochenta por la guerra<sup>1</sup>. Compartí más con mi mamá que con mi papá, porque él trabajaba mucho afuera y mi mamá a pesar de que trabajaba estaba más en la casa. También viví con mi hermana.

Mi mamá en esa época era secretaria de la Oficina de Administración del Hospital Nacional Rosales. Mi papá trabajaba vendiendo medicinas en el interior del país para el Laboratorio López, casi no lo veía en la semana porque se iba el lunes muy temprano y regresaba jueves por la noche o el viernes. Mi papá era bastante estricto, pero a la vez fue muy amoroso. Mamá fue más amorosa que estricta; era la que nos consentía y permitía ciertas cosas, tanto a mi hermana como a mí.

¡Gracias a Dios mis papás tuvieron un ingreso económico que permitió que tanto mi hermana como yo tuviéramos una buena educación! Fui a un kínder muy bonito acá en la colonia, Providencia Divina. A partir de los siete años comencé a estudiar en una Escuela de Hermanos Maristas<sup>2</sup>, donde lo que más me extrañó fue que a diferencia del kínder donde habían niños y niñas, en la escuela solo había hombres. Además, era un lugar muy grande para un niño de 7 años. Me daba miedo toda esa infraestructura, pero la pasé muy bien. Estuve hasta séptimo grado.

De octavo a tercer año de bachillerato lo hice en el Liceo Salvadoreño porque quería un colegio con más exigencia y mis papás accedieron. Pero, ahí fue más complicado porque había mucho bullying<sup>3</sup>, no hacia mi persona sino con las personas más retraídas y con compañeros considerados “afeminados”. Esa

parte sí fue un poco difícil para mí, porque aunque a mí no se me notara yo empecé a sentir atracción por hombres más o menos a los 17 o 18 años. Eso me generó una crisis de ansiedad, en ese momento yo no sabía que era ansiedad, pero fue así.

En esa época ya en los años 77 y 78 se empezaba a oír cosas de la guerra que inició a principios de los 80. Mis papás eran muy cautelosos de mi hermana y de mí, de asegurarse de que estuviéramos en el colegio, de que estuviéramos bien, de que no nos faltaría nada. Cuando empezó la tensión política me minaba<sup>4</sup> el hecho de no salir a jugar con mis vecinitos, ya que era peligroso una balacera. Eran muy frecuentes los secuestros y eso lo tengo muy presente. En 1980 todo fue mucho más represivo, teníamos que venirnos súper rápido desde la escuela a la casa antes del toque de queda<sup>5</sup>.

Aquí cerca teníamos la Policía Nacional que tuvo ataques bastante fuertes durante esa época. De hecho, en 1980 durante un ataque que era de la guerrilla contra la policía, tuvimos que regresar todos corriendo a la escuela. Antes a principios de los setenta todos los niños jugábamos en bicicleta y salíamos, ya después de eso no. En mi colonia fue donde comenzaron los ataques, mataron a varias personas frente a mi casa. La inseguridad fue muy alta. Tengo muy presente el toque de queda porque salía con mi mamá a comprar cosas, pero teníamos que volver muy rápido. Iniciaba a las 6 de la tarde, pero ya a las 4 de la tarde todo el mundo estaba desesperado por meterse en las casas.

Empecé a estudiar arquitectura en 1989. Me inscribí en la Universidad Centroamericana (UCA) que era dirigida por jesuitas<sup>6</sup> y fue como una liberación. Yo me sentí muy bien porque era un ambiente más relajado, sin uniforme, sin tanta religiosidad. Era una universidad de izquierda, por eso vi un poco más de apertura. Tenía más acceso a información sobre la guerra, una más analítica y no la que te decían en los medios de comunicación. Ese año fue la ofensiva, asesinaron a los jesuitas y

<sup>1</sup> Refiere al conflicto bélico interno ocurrido- en particular- entre la Fuerza Armada de El Salvador y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de 1979 a 1992.

<sup>2</sup> Congregación religiosa católica.

<sup>3</sup> Comportamientos violentos e intimidatorios que se ejercen de manera verbal, física o psicológica entre escolares.

<sup>4</sup> Afectación lenta y profunda.

<sup>5</sup> Medida estatal para restringir o prohibir el tránsito de personas en determinadas horas.

<sup>6</sup> Conocida como La Compañía de Jesús, es una orden de clérigos católicos.

cerraron la universidad. Fue un caos total.

El aspecto de la guerra fue muy fuerte, pero en cuanto a la universidad fue muy bueno. Lo malo es que en esa época arquitectura recibía los mismos cursos de matemáticas y física que quienes estudiaban ingeniería, entonces me costó demasiado y no lo logré. Me pasé a una universidad privada y ahí saqué mi título. Sin embargo, la mella que hizo la UCA siguió y por eso hasta el día de hoy trabajo en proyectos sociales de arquitectura.

En la universidad la atracción que sentía por los hombres se hizo mucho más fuerte y estaba más consciente de eso. Pero, por todo ese tiempo tuve un proceso de resistencia a aceptar esa atracción. Incluso tuve una novia con la que supuestamente me iba a casar a los 28 años, hicimos la tesis juntos, no nos aguantamos y decidimos ir cada uno por su lado.

Después de la universidad mi sueño siempre fue irme a Brasil y conseguí con el gobierno de ese país una beca para sacar una Maestría en Diseño Urbano. Al final resultó que no era de diseño urbano sino de arquitectura y urbanismo, por lo que lo menos que se veía era diseño sino que se estudiaban los análisis de los filósofos de las culturas, de cómo la sociedad se integra con arquitectura... así que yo me sentía en mi salsa.

La maestría fue buenísima. Al final sentía como que no encajaba porque en la ciudad donde yo estaba, Salvador de Bahía, el ritmo es muy lento y uno está acostumbrado aquí a El Salvador, eso me desesperaba. Pero, en Brasil di rienda suelta para explorar sexualmente. Era un ambiente totalmente libre, no tenía a nadie de mi familia y era más abierto que aquí en Centroamérica. Recuerdo que habían épocas más libres en cuanto a lo sexual y no solo para población LGBT+ sino en general, como los carnavales.

Llegué a Brasil en el 2000 y tuve que regresar en el 2003. Yo me quería quedar allá, pero se me acabó la beca. Además, estaba trabajando pero me despidieron y se me acabó la visa. Brasil es bastante complicado para conseguir trabajo, pero cuando regresé a El Salvador la maestría me ayudó

a conseguir empleo en el 2004 en una ONG<sup>7</sup>. Para esa época ya había aquí diferentes lugares como discotecas o saunas, en Brasil sí había más lugares que frecuentar; la diferencia no era mucha, solo que allá era un poco más liberal. Al final de cuentas terminé haciendo lo que hacía allá.

En mi familia se dieron cuenta de mi orientación mientras peleaba con mi hermana. Mi mamá llegó y en el dime que te diré, mi hermana sacó el tema. Ella sabía porque yo se lo había dicho y se lo dijo a mi papá, pero él nunca me dijo nada. La única que no sabía en la casa era mi mamá, que cuando escuchó empezó a gritar, se tiró al suelo, decía que porqué ella y fue un drama que duró como 10 minutos nada más.

Después se le pasó el asombro y me empezó a decir “¡Ah bueno... con razón nunca jugaste fútbol! ¡Con razón te gustaban cosas que a los demás niños no les gustaba! ¡Ahora entiendo porque nunca ibas donde tu novia!”. Mis papás hablaron conmigo y los dos fueron muy comprensivos, lo único que si me reclamó mi mamá fue que porqué ella había sido la última en enterarse. Ellos nunca se metieron en mi vida.

Yo ya era semi independiente porque vivía en la casa de mis papás, pero aportaba económicamente. Llegando de Brasil mi idea era irme a vivir solo, pero mi papá murió en el año 2012 y vino un terremoto económico aquí en la casa. Fue como una caja de Pandora lo que nos pasó. Me empecé a dar cuenta de todos los líos económicos que había. Eso me hizo esperar para no irme.

En el momento de la pandemia yo trabajaba en una institución gubernamental, en la Oficina de Planificación del Área Metropolitana de San Salvador. El punto de quiebre fue cuando hubo elecciones en el año 2021 y llegó un nuevo gobierno municipal, hicieron reorganización laboral y nos despidieron a varios. Nos dieron un plazo como de dos semanas aproximadamente para cerrar todo, fue muy rápido. Yo terminé de trabajar a finales de mayo del 2021 y empecé a mandar correos con los contactos que tenía. A mediados de julio comencé con una consultoría para la ONG en dónde trabajo ahorita, que es la misma con la que trabajé en 2004.

Mi salud ha sido muy buena. Actualmente no padezco de ninguna enfermedad crónica que necesite un tratamiento especial, solamente padezco de colitis nerviosa. De hecho, si veo mi historial de consultas desde el 2004 es por cuestiones estomacales como gastritis y colitis. Pienso que eso está relacionado con la ansiedad, porque soy bastante ansioso desde que estaba en el colegio. Durante la pandemia tuve una crisis muy fuerte, tanto por el encierro como por la recarga laboral que tenía. Desde ahí, he estado consultando frecuentemente con profesionales en psicología.

Debido a la terapia psicológica ya como a los 3 meses empezamos a tratar el tema de mi orientación sexual y ahí fue donde acepté mi bisexualidad. Yo siempre había creído que era homosexual pero no, soy bisexual; aunque mi tendencia de gustos es más para hombres que para mujeres. Aceptar eso me ayudó a calmar la ansiedad y mi vida se volvió más libre y más tranquila.

Mi estilo de vida es muy ajetreado, tengo mucho trabajo y eso me deja poco tiempo para realizar deporte. Nunca fui bueno para eso, solamente lo hacía por periodos. Me metí al gimnasio para hacer ejercicio porque se me subieron los triglicéridos y el colesterol, pero a mí lo que me encanta es caminar aunque no lo hago muy seguido. Me encanta meditar, me gusta oír música de los ochentas en inglés y me agrada compartir con amigos.

A estas alturas del campeonato ya no como la cantidad de hamburguesas y pizzas que antes. Trato de no comer mucha sal y de bajar el azúcar y el pan dulce. He logrado dejar de tomar café en la tarde, a veces lo tomo en la mañana y a veces en la noche ¡Eso es un gran logro para mí!

La relación con mi familia es bastante buena. Me llevo muy bien con mi hermana y mis sobrinos. Ellos viven como a 10 minutos en carro de acá, nos vemos o nos comunicamos semanalmente. Yo vivo con mi mamá, ella se queda en la casa y yo salgo a trabajar, por lo que realmente compartimos solo en las noches cuando tenemos tiempo de cenar juntos y de ver televisión. Con la que más tengo comunicación es con mi sobrina porque ella estudia inglés en un lugar bastante lejos y yo la llevo en las mañanas de los sábados.

Sobre mi futuro me he vuelto muy precavido, sobre todo de la muerte que es lo único que tenemos seguro. Mi papá murió en el 2012 y mi abuela materna murió en el 2015. A partir de ahí yo dije “¡No, yo tengo que empezar a hacer cosas!”. Empecé a ver lo de la casa, pasarla toda mi nombre, tenerlo todo legalmente establecido, comprar a plazos un servicio funerario y hablar con mi mamá para saber dónde nos van a enterrar. También, con mi hermana he conversado sobre que se puede hacer con mi mamá si en algún momento tenemos que cuidarla. Ella tiene 76 años y es muy activa, mucho más que yo, pero con la vejez puede llegar a enfermarse, entonces hay que ir viendo los posibles escenarios.

Eso me aflige en algunas ocasiones, pero es bueno tenerlo por lo menos un tanto cuadrículado para saber por dónde dirigirse. Me gusta tener teléfonos a mano porque, por ejemplo, aquí en El Salvador a la hora de una muerte ya no viene medicina legal si uno muere en la casa, entonces necesitas tener los números de los médicos que vengan a hacer el parte. En el 2021 murió una tía que padeció de insuficiencia renal y fue una muerte muy lenta y sufrida, eso también me dio la oportunidad de tener todos esos números de ambulancias, del servicio de enfermería en casa, entre otros.

Actualmente tengo una pareja, un hombre de 35 años. Ya vamos a cumplir un año de relación y en mi casa ya saben. Una de las brechas con las que más lidio con mi pareja es por la tecnología porque se vuelve como una relación más de distancia. Para mí el celular es llamar, ver YouTube, revisar WhatsApp, buscar en Google y listo, en cambio para las personas jóvenes el mundo es el celular y resuelven todo o casi todo por ahí. Eso es difícil para mí porque la tecnología me come.

Mi círculo de amigos es muy abierto respecto a la diversidad sexual. Casi no me relaciono con grupos que son dominados por heterosexuales, mis amigos son en su mayoría homosexuales o bisexuales, aunque en realidad hay de todo. He notado que con personas más jóvenes ha cambiado mi relación porque ya lo ven a uno mucho mayor y lo tratan a uno de “usted”, con más respeto. Esa parte es como extraña, porque no solamente me pasa con personas LGBT+, sino también con cualquier tipo de joven.

El grupo de la diversidad sexual de la Iglesia Anglicana me ayudó a comprenderme poco a poco de una mejor manera para poder hablar mis cosas. Me sirvió de terapia realmente, porque no sabía que había gente en mí misma situación. Eso me ayudó mucho a conocer otras experiencias y a tener un acercamiento con Dios. Tuve una educación religiosa muy fuerte y pues encontrarme como bisexual dentro de una fe cristiana me ha ayudado.

Sobre el envejecimiento creo que debemos prepararnos para estar solos. Si bien tengo pareja yo me estoy preparando para tener una vejez sola, es decir asegurar mi casa a nivel legal y la cuestión de ingresos. Trato de ahorrar lógicamente, porque las pensiones aquí son malísimas y no alcanzaría para sostenerme solo. Yo creo que para una persona que tiene hijos hay una relación más cercana y es probable que no envejezcan solos. Nosotres no, nosotres quedamos así. Tal vez sí con los sobrinos que hay una buena relación, pero no es lo mismo. Mi perspectiva es esa.

Dentro del grupo de amigos cercanos que tengo hemos hablado en ciertas ocasiones cómo es que nos vemos de aquí a 10 o 15 años. Hemos conversado algunas ocasiones de por lo menos vivir cerca para cuidarnos y estar pendientes, hasta hemos pensado en vivir juntos. Hay una amiga que es la que congrega que tiene una casa súper grande, se la heredaron sus papás, y como en dos ocasiones me ha dicho “Julio, tienes las puertas abiertas, puedes venirte a quedar acá!”. Que yo sepa no hay un hogar o algo donde cuiden a personas LGBT+ en su vejez. Hice un voluntariado donde visitamos lugares de cuidado de personas mayores donde sí había población LGBT+, pero no eran especializados en su atención.

El gobierno que tenemos ahorita es bastante conservador. Aunque ha permitido las marchas y no ha habido un discurso de odio de parte de ellos hacia la población LGBT+, sí se marca bastante fuerte el hecho de ser provida, de mantener las costumbres, el matrimonio, la familia, etcétera. Hasta ahorita no he tenido conocimiento de un programa o algún lugar que se especialice en atender población adulta mayor LGBT+.

A las personas jóvenes les aconsejo que si tienen las posibilidades hagan lo necesario para crear su

círculo de apoyo. También, de tener sus herramientas legales y financieras para no tener problemas en un futuro cuando ya no se pueden valer por sí mismos. Yo creo que eso es importante. Lógicamente hay gente que no tiene las oportunidades, pero que quienes puedan que lo comiencen a construir desde ya para que no les agarre de sorpresa.

Parte de las conclusiones que he sacado, factores positivos de convivir con ansiedad, es que estoy pendiente de que va a pasar. Eso ha hecho que yo actúe para tener una previsión a futuro, un poco más estructurada que otras personas. Así que les invito a prepararse, en la medida de sus posibilidades, para tener una vejez plena y digna.

## 5. LA OVEJA ARCOÍRIS DE LA FAMILIA



# PANAMÁ